

Cómo vivieron los grandes conquistadores El gran Tamerlán

Por uno de tantos caprichos del destino, la inmensa mayoría de los grandes conquistadores cuyo nombre ha pasado a la historia, fueron hombres de humildísimo origen; y por otra coincidencia, más explicable ya, puesto que se habla en consonancia con la pícaria humana naturaleza, lo primero que todos ellos hicieron al verse dueños de medio mundo, fué rodearse de una corte fastuosa y teatral, como si con el espectáculo de su magnificencia pretendieran asombrar al mundo al par que con el esfuerzo de su brazo.

Uno de los ejemplos más notables nos lo ofrece el tártaro Timurbek, Hijo de un jefe de los yagutais venido a menos, al frente de un pequeño grupo de jinetes (menos de media docena en un principio) empezó robando aquí una vaca, allá un caballo, o un hato de ovejas, como cualquier ladrón vulgar. Pero su lueste aumentó, sus rapacinas convirtiéronse en razzias primera, y más adelante en invasiones. Declarado por los habitantes de una región donde se dedicaba a robar carne, quedó en el campo por muerto, con un muslo atravesado. Desde entonces se lo llamaría Timur-Leng, Timur el Tullido, y como si quisiera revestir de gloria este apodo insultante, convirtiéndose en un guerrero invencible, en un invasor insaciable. Se hizo dueño de toda la Transoxiana, proclamándose emperador de Samarcanda, subyugó el Jorasón, apoderándose de gran parte de Persia y conquistó, en fin, toda el Asia central y meridional, desde Rusia hasta la India, llegando hasta a imponer tributo a Grecia y a Egipto.

Y al verso señor de tan extensos estados, antes que a consolidar su soberanía, dedicóse Timur-Leng, o Tamerlán, como suelen llamarle los españoles, a formarse en torno suyo una corte digna de su poderío. De Samarcanda, su capital, hizo una gran ciudad, edificando en ella palacios y mezquitas, y rodeándola de preciosas quintas llenas de arbolado y de rientes arroyuelos, en cuyas márgenes traseaban los ciervos y revoloteaban los faisanes.

En estas huertas gustaba el conquistador de descansar cuando regresaba de sus expediciones guerreras, rodeado de sus mujeres, de sus hijos, de los "mirzas" y de todos los grandes dignatarios. Allí, bajo políromo dosel, recibía el acatamiento de los pueblos tributarios o que deseaban su protección.

De las fronteras de China o de la India traían centenares de caballos, pequeños, peludos, que en su presencia desfilaban con la boca llena de espuma y la crin al viento; siberianos rechonchos, vestidos de sucias pellicas, presentábanle leones y píldas sin adobar de cebellina y de zorros blancos, y los enviados del sultán de Babilonia traían consigo avestruces de rico plumón, y jirafas que con su largo cuello y su manchada piel eran el asombro de la multitud que se agolpaba a la puerta de los jardines, contenida apenas por los porteros armados de terribles mazas.

Llegaban estas embajadas desde muy lejos, a lomos de caballos que con este objeto tenía dispuestos Timur en todos los puntos de sus estados. No había ciudad ni aldea donde no hubiese un puesto de caballos para el servicio del gran señor, para que aquellos que acudían a él con alguna embajada no tuvieran que detenerse en el camino, y si por acaso faltaban los caballos imperiales, se tomaban los primeros que a mano se encontraban, aunque fuesen de un príncipe o de un mirza. El emperador recibía a los enviados

con el orgullo propio del hombre firmemente convencido de que, así como en el cielo no hay más que un Dios, en la tierra no debe haber más que un señor; y si la embajada venía pidiendo justicia, la corte entera temblaba ante la mirada de Timur. Todos sabían muy bien que era despiadado en el castigo y cruel en la venganza. Una insurrección de los tártaros blancos la sofocó matando a sesenta mil, y haciendo construir cuatro torres con sus sesenta mil cabezas, trabadas con arcilla. En Armenia, al pie del monte Ararat, se apoderó de un castillo que se le resistía, y para que nunciara más pudiera resistir a nadie, hizo matar a su dueño y destruir las puertas. A los habitantes de Sebaste, por no habérsele rendido a la primera intimación, los castigó enterrándolos vivos, asegurando que si cometía esta crudeldad, era porque a ello le obligaba el haberles jurado no mancharse con su sangre.

Era, sí, Timur, un soberano duro para castigar, pero era también espléndido para agasajar. Las embajadas de los lejanos reinos de Occidente, como la que le envió don Enrique III, reñían de legítimo orgullo. Preguntaba por el rey cristiano llamándole su hijo, y obsequiaba con exagerada cortesía a los embajadores, regalándoles caballos y ropas. Parte obligada del agasajo era un gran banquete, compuesto principalmente de caballos asados y carneros cosidos y en adobo. Servíanse las piezas enteras, sobre grandes cueros redondos con asas, que multitud de esclavos traían a rastras por el suelo. Al llegar a veinte pasos de Timur entraban en escena los cortadores que, provistos de grandes manguitos de cuero para no mancharse iban haciendo cuartos y poniéndolos en fuentes de oro, de plata o de porcelana, que los altos dignatarios cogían y presentaban ante su señor y los embajadores. Exigía la etiqueta que éstos no probasen aquellas viandas, que eran inmediatamente retiradas y enviadas a su alojamiento, rociadas con sal y caldo, y acompañadas de unas tortas muy delgadas y dobladas en cuatro partes, a modo de pañuelo. A continuación presentábanse, para comidas allí mismo, albóndigas de cerdo y frutas de muchas clases, principalmente melones y avas, y como bebida, leche de yegua con azúcar, en vasos de oro.

Gustábale a Timur-Leng enseñar a los embajadores cristianos los tesoros que guardaba en sus quintas y palacios, los tapices de seda color rosa, guarnecidos de chapas de plata in-

Harrods

apenas iniciada la estación, realiza una Venta Extraordinaria de todos los artículos de abrigo, a precios verdaderamente excepcionales.

El día 30 termina; aproveche Vd. los pocos días que faltan.

BONETERÍA para CABALLEROS

CAMISETA blanca, de algodón, fabricación inglesa, de inmejorable resultado; con mangas largas, 3.90

CAMISETA, en lana natural, de grosor mediano; mangas largas, 9.80

CALZONCILLOS largos haciendo juego, 10.50

CAMISETA, en vicuña natural, liviana, mangas cortas, a precios, 21.-

MEDIAS, en algodón retorcido, bien reforzadas, en colores de gran moda y negro. El par, 1.60

MEDIAS de hilo, negras, fabricación francesa "Bazin", puntera, talón y planta reforzados. El par, 3.-



Una reina en la pantalla

Ya hace algún tiempo que la noticia fué lanzada por un diario de Nueva York.

Se decía que la bella y elegante y espiritual reina de Hungría había firmado un contrato con una de las más importantes compañías norteamericanas de cinematografía, comprometiéndose a aparecer en varias escenas de una película de largo metraje titulada "Por mi pueblo".

El "Piccolo della Sera" dice que el contrato fué estipulado hace cosa de tres meses, y que sus principales condiciones se fijaron en una carta dirigida por la soberana a los gerentes de la compañía cinematográfica.

La reina María tomará parte en las representaciones para la impresión de la película durante un período de cuatro días; pone a la disposición de la compañía el Palacio Real de Bucarest; ofrece el concurso de nobles y oficiales de la corte y un séquito numeroso de personas adscritas a su servicio.

La compañía anticipará la suma de 15.000 libras esterlinas, pagará todos los gastos que se occasionen y entregará después a la soberana el 60 por 100 de las utilidades que se obtengan en lo futuro con la exhibición de la película.

Como algunas escenas del film tendrán lugar en los Estados Unidos, la soberana irá a Norteamérica después de su coronación como reina de la Transilvania.

La compañía cinematográfica lleva ya muy adelantados los grandes preparativos que está haciendo para la "mise en scène" del proyectado film y para recibir dignamente a su egredia colaboradora.

